

La memoria del alma

Josune Lopez



Image not found.

Capítulo 1

Me despierto de golpe, alargo el brazo hasta la mesilla y desbloqueo el móvil. Son las 8 de la mañana y Pep ya no está en la cama. Otro día más que ha salido de casa temprano para no encontrarnos y no tener que dirigirnos ni una sola frase. Frases por lo general de cortesía, sin ningún contenido, pero que a ninguno de los dos nos apetece ya ni pronunciar... Nada es como antes y en algún momento tendremos que afrontarlo, pero yo ahora mismo no tengo fuerzas para desestabilizar más mi vida.

Me levanto de la cama con una sensación extraña. Últimamente tengo un sueño que me inquieta bastante y esta noche he vuelto a soñar lo mismo: era pequeña y estaba con mi madre en la casa que tenemos en la Costa Brava, en Tossa de Mar, donde antes pasábamos todos los veranos. Siempre me ha encantado ese lugar... Es una casa blanca de estilo mediterráneo, de dos plantas, situada en mitad de una ladera, rodeada de pinos y sobre una preciosa cala, a la que se accede por medio de un caminito que sale de nuestro jardín. Toda la planta baja se abre a una terraza donde pasábamos la mayor parte del tiempo. En este lugar tengo los mejores recuerdos de mi infancia... En el sueño, estoy con mi madre desayunando en la terraza mientras ella lee el periódico, como solíamos hacer cada mañana, -me encantaban esos desayunos las dos juntas y con el sol comenzando a calentar-, pero en este caso le hablo y ella no me contesta. De repente se levanta, cruza el jardín y coge el caminito que baja hacia la cala. Yo la observo desde la terraza y veo cómo llega hasta la orilla, mira hacia arriba, donde yo me encuentro, se gira otra vez y comienza a adentrarse en el mar. Le grito lo más fuerte que puedo, pero sigue avanzando hasta sumergirse del todo. Salto de la silla y echo a correr hacia la cala, pero tropiezo y me quedo en el suelo llorando; me he hecho una herida en la rodilla y mi madre no viene a reconfortarme con uno de esos besos mágicos suyos que todo lo curaban. Me siento muy sola y asustada. Miro hacia la cala, pero no vuelvo a verla.

Voy a ver si desayunando me quito la sensación de angustia que me invade. Mientras unto la mantequilla en las tostadas mi mente empieza a divagar y pienso en ella, mi madre, Martina Vallirac, la gran empresaria de éxito, que empezó confeccionando ropa para bebé en la tienda-taller que le montó su padre, para acabar siendo la dueña de "Pequeñeces", la firma de ropa de niños con tiendas por todo el país. Siempre ocupada diseñando una nueva colección, colaborando con eventos relacionados con la infancia, gestionando la apertura de una nueva tienda, con mil cosas en la cabeza... y ahora consumiéndose poco a poco por culpa de un alzheimer temprano...

Se lo diagnosticaron con 55 años y de eso ya han pasado 6, en los que el tiempo corre en nuestra contra. Desde entonces estoy enfadada con el mundo en general, porque me quedaban tantas cosas por compartir con ella... Siempre se dice que la vida puede ser muy injusta y en este caso no puedo estar más de acuerdo. Mi madre estaba en un momento de su vida en el que comenzaba a tener más tiempo para ella, a disfrutar con su marido, a delegar en el trabajo, incluso se imaginaba disfrutando de sus nietos...-siempre nos decía a mi hermana Valeria y a mí que quería ser una abuela joven, que no nos lo pensáramos demasiado...- Y fue justo en ese momento cuando los médicos se lo diagnosticaron; no nos lo podíamos creer...

Más de una vez lo hemos comentado mi padre y yo, y no sabemos decir en qué momento empezó todo. Siempre ha sido una mujer muy activa, con mucha fuerza y energía, capaz de estar organizando mil historias a la vez, de acordarse de los nombres de los principales empresarios de Barcelona y de sus parejas, pero a la vez era un poco despistada para las cosas del día a día... Si quería que viniera a verme actuar en la función del colegio, tenía que empezar a recordárselo una semana antes y con las fechas de cumpleaños era un desastre. Aunque yo siempre he tenido la teoría de que lo hacía para que me sintiera importante.

-Luna cariño mío, ¿qué haría yo sin tí?- me decía después de que le recordara algo, y eso viniendo de la persona que para mí era la más atareada del mundo, me hacía sentir la niña más imprescindible del planeta...

Las alarmas saltaron el día en que una vecina conocida de toda la vida, se la encontró en una calle paralela a la que vivimos, totalmente desorientada y angustiada, porque no era capaz de llegar a su casa.

De repente suena mi móvil y vuelvo de golpe a la realidad. Es mi padre.

-Buenos días papá, ¿pasa algo?- le digo un poco inquieta, ya que no es normal que me llame tan pronto.

-Luna, cariño, baja a casa en cuanto puedas, por favor. Tu madre ha pasado muy mala noche y está muy nerviosa- en su voz hay una mezcla de angustia y súplica. Adora a mi madre y haría lo que fuera para que no sufriera.

-Ahora mismo voy papá

Me bebo de un trago el café que me queda, que ya está helado, me pongo unos vaqueros, la primera camiseta que encuentro, unas zapatillas y salgo por la puerta sin perder tiempo.

Prefiero bajar por las escaleras, porque siempre llego antes que en el ascensor y en menos de dos minutos en total, estoy abriendo la puerta de casa de mis padres. Son las ventajas de vivir todos en el mismo edificio. Mis abuelos son los dueños del inmueble: una casa señorial en pleno Paseo de Gracia. Ellos viven en la primera planta, mis padres en la segunda, la tercera y la cuarta están alquiladas a dos familias desde antes de que yo naciera, a las cuales les tenemos gran aprecio, y a mi me regalaron el ático cuando me gradué. Valeria en cambio, prefirió irse a vivir a otro barrio; siempre le ha gustado ir por libre. Somos tan diferentes...

Nada más abrir la puerta me encuentro con mi padre, que me está esperando.

-Papá...- le doy un fuerte abrazo. Se le ve tan cansado... Desde que mi madre está mal, estamos más unidos, porque entendemos tan bien el vacío que siente el otro, que nos apoyamos mutuamente. Mi madre y yo, siempre hemos tenido una relación muy especial, muy estrecha y mi padre dependía totalmente de ella. Siempre la ha querido de una forma incondicional y por encima de todo. Por eso ahora, cada uno a nuestra manera estamos aprendiendo a vivir sin nuestro pilar y la relación de rivalidad que teníamos antes por ganar el cariño de ella, se ha transformado en una comprensión del dolor que el otro padece.

-Casi no ha dormido en toda la noche, estaba muy agitada y lleva toda la mañana gritándome que me vaya, que no sabe quien soy- a duras penas consigo aguantar las lágrimas.

Nos acercamos a su habitación y ya desde fuera puedo oír su voz, aunque no consigo entender lo que dice. Entro y la veo sentada en la cama. No me acostumbro a su imagen actual; desde que no es ella quien se arregla, aparenta 20 años más de los que tiene. Antes siempre iba impecable, bien peinada, ligeramente maquillada y vestida de punta en blanco, aunque no era impedimento para sentarse en el suelo a jugar conmigo si yo se lo pedía.

-Hola mamá, ¿qué tal estás?- quiero aparentar normalidad, pero nada en esta situación es normal... Me acerco a la cama y me siento a su lado. Cojo sus manos entre las mías y consigo que me mire a los ojos.

-¡Llama a papá, llama a papá! ¡Llévatelo!- comienza a gritarme totalmente asustada.

-Tranquila mamá, tranquila, que ya no va a volver- intento tranquilizarla siguiéndole el juego, aunque no se a quien se refiere.

-¡Pero, qué mamá ni qué mamá!- libera sus manos de las mías y me da la espalda como si fuera una niña enfadada. Yo la rodeo con mis brazos

desde atrás y noto como se va relajando. No sabemos por qué, pero soy la única persona que consigue tranquilizarla. Comienzo a acariciarle el pelo y otra vez se gira hacia mí. Le beso suavemente la frente y las mejillas; tengo tantos besos que devolverle... Da igual lo ocupada que ella estuviera que nunca me faltó un beso, una caricia, una palabra de cariño... y ahora es ella quien más los necesita.

-Voy a dormir. Estoy muy cansada- le ayudo a tumbarse y cierra los ojos al momento. Tiene que estar agotada.

Me quedo un momento sentada a su lado acariciándole el pelo y observando su cabeza, absorta, como si pudiera ver lo que hay en su interior. Me viene a la mente ese mar que la tragaba en mi sueño, porque es así como veo ahora a esta enfermedad, como un océano que va invadiendo poco a poco cada hueco de su cerebro, inundando todos sus recuerdos. Aunque algunos días, una ola la empuja hasta la orilla, regalándonos pequeños momentos de lucidez.

Salgo muy despacio de su habitación y me encuentro con mi padre en el pasillo, que espera impaciente que le pase el informe.

-Se ha dormido. Estaba agotada. ¿Por qué no aprovechas tu también para descansar un buen rato? Tranquilo papá que hoy es uno de esos días en que mamá no conoce a nadie...

-Ya, Luna... pero yo sí sé quien es ella...

-Papá, por favor, no puedes estar las 24 horas del día pendiente de mamá. Has contratado una enfermera para que venga a las mañanas a estar con ella. Aprovecha tú esos ratos; descansa, sal a pasear..., lo que sea, pero cuídate, por favor, porque al final vas a caer enfermo tú también. Y sinceramente no me pagais tan bien como para cuidar de los dos eh...- consigo que una media sonrisa asome en su cara.

-Hija, tú sí que tienes que descansar. Se te ve agotada- me dice poniéndome una mano en la mejilla.

-Tranquilo papá, estoy bien, sólo que esta noche he dormido poco y mal.

-Luna no te quiero entretener más, vete a trabajar tranquila, que al final el abuelo se va a preocupar si no llegas a tu hora.

-No tengo ningún paciente hasta media mañana y además el abuelo se imaginará que estoy aquí con vosotros- vamos hacia el salón y nos sentamos en el sofá- Papá esta noche vendré a dormir con mamá.

-Luna cariño, no hace falta. Quédate en tu casa, descansa y pasa rato con Pep, que últimamente te estamos absorbiendo demasiado y seguro que no

os veis lo suficiente.

-Papá, no voy a discutir. Ya está decidido, así que vete haciendote a la idea de verme por aquí esta noche. Y por Pep puedes estar tranquilo que estará bien- y cuando se entere que no duermo en casa, estará mejor que bien.

Nos despedimos hasta la noche y subo a mi casa. Voy distraída pensando en mi padre, Josep Maria Vila. Siempre a la sombra de su mujer y ahora tan perdido... Eran un equipo perfecto, pero él siempre se mantenía en un discreto segundo plano. Mi madre era la carismática, la que todo el mundo quería, la encargada de relacionarse con el resto de empresarios... Y él, el la adoraba. Solo había que observarle un momento para ver cómo la miraba...

Tengo que arreglarme para ir a trabajar. Aunque mi estilo es más bien éste, de vaqueros y camiseta, para ir a la clínica siempre intento cuidar un poco más mi imagen. Hoy sin embargo por más ropa que me pruebo, el espejo me devuelve una imagen apagada de mí misma y sin darme cuenta el look elegido va a juego con mi estado de ánimo: triste. Para colmo de todos mis males la rebeldía de mis rizos hoy se sitúa en un nivel contra el que no pienso luchar. Paso al peinado de emergencia: todo recogido en una coleta y listo.

Salgo por la puerta pensando en que hoy es uno de esos días en los que me gustaría desaparecer y quedarme acurrucada debajo de mi edredón de plumas. Pero como diría mi abuelo, a los premas que nos presenta la vida hay que hacerles frente y ponerles la mejor de nuestras sonrisas. Porque por mucho que me esconda, mucho me temo que mis problemas estarían esperando que asomara mi cabecita por fuera de mi edredón, me mirarían y con una sonrisa irónica me recordarían que ahí estaban ellos y que no se habían ido a ninguna parte...

Capítulo 2

A ver si llego por fin al trabajo. Menos mal que está muy cerca de casa, en la calle Balmes. Hace más de 50 años, mi abuelo, el ginecólogo Antonio Vallirac, fundó la clínica que lleva su apellido, dedicada a los niños y sus madres, desde antes de ser concebidos. Y ahí es donde trabajo como ginecóloga, mano a mano con mi abuelo, en el departamento de reproducción asistida. Todo comenzó con una consulta privada de ginecología. Hacia los 90 se comenzaron a realizar los primeros tratamientos de fertilidad y poco a poco fue creciendo, hasta convertirse en lo que es hoy, la clínica más prestigiosa de toda Barcelona en este campo, situando a mi abuelo como uno de los mejores ginecólogos que ha

habido en la ciudad.

Y aquí también es donde trabaja Pep, que es pediatra, así que aunque no nos veamos en casa, resulta muy difícil conseguir evitarse durante todo el día. Hace unos años nos entusiasmaba trabajar juntos, compartir casos... A las noches durante la cena, él me contaba cómo se encontraban los "peques" que yo había ayudado a nacer...., éramos un equipo. Y ahora todo eso me resulta tan lejano, que a veces hasta me parece mentira que en algún momento nuestra vida haya podido ser así...

Nos conocimos en la universidad. Los dos estudiamos Medicina en Pamplona, donde nuestras vidas se cruzaron. Yo no quería irme, no me sentía preparada con 18 años para estar lejos de mi familia. Quería estudiar medicina y el nombre de la facultad me daba totalmente igual, mientras fuera en Barcelona... Pero mi abuelo insistió tanto que no me puede negar. Y para Pep fue algo parecido: hijo y nieto de los prestigiosos abogados Viladecans e hijo, él siempre supo que no sería como ellos. Quería dedicar su vida a trabajar para los demás de forma altruista, no le obsesionaba el dinero y su ilusión era convertirse en pediatra y trabajar para alguna ONG. Su familia le consideraba un idealista y la única condición que le pusieron fue que estudiara en Pamplona.

Recuerdo perfectamente el primer día de clase; me sentía tan perdida... Desde pequeña supe que estudiaría medicina como mi abuelo y que algún día trabajaría con él. Siempre que íbamos a buscarle a la clínica, me encantaba ir a su despacho, me sentaba en su regazo y me enseñaba las fotos de los bebés que había traído al mundo. Eran sus niños... Siempre pensé que mi abuelo tenía un trabajo maravilloso.

-Mira Luna, este es Guillem. Ahora tiene ya dos años y cada vez que viene a la clínica a alguna revisión me llama "yayo Tonio" cuando me vé- y se le iluminaba la mirada con cada historia que me contaba. Cada bebé se le ha quedado grabado, pasando a formar parte de él.

Ese primer día, a pesar de tener tan claro que mi carrera debía ser esa y ninguna otra, no pude evitar sentirme fuera de lugar. Nunca he confiado demasiado en mí misma y a mi alrededor solo se veía gente de mi edad, pero que ya parecían médicos por la seguridad que transmitían y lo formales que vestían. Y yo era como un pececillo de esos naranjas pequeños, que siempre había estado en mi pecera, segura y protegida y de repente me habían soltado en mitad del mar...

Llegué a mi primera clase, me senté hacia la mitad más o menos y entonces miré a la puerta y apareció él, Pep. Me acuerdo de cada detalle, de cada emoción, como si fuera ayer... y ya han pasado 20 años... Desprendía confianza por todos sus poros. Siempre ha llamado la atención: es alto, pero no demasiado, deportista, pero no excesivamente musculado, con facciones suaves... y sus ojos negros y rasgados cuando

te miran te da la sensación de que son capaces de descifrar tus secretos mejor guardados. El pelo, por aquella época, lo llevaba ligeramente largo, rebelde y con un despeinado totalmente estudiado. Ese día vestía de forma casual, como si no le diera importancia a lo que llevaba puesto, aunque casi seguro que al igual que la mayoría de los que estábamos ahí, ese día estrenaba ropa.

Avanzó por el pasillo hacia donde yo estaba, echó un vistazo rápido a la clase, donde ya no quedaban demasiados sitios libres, me miró y vino a sentarse a mi lado.

-Hola, soy Pep- alargó su mano hacia mí y me dedicó una sonrisa que me provocó un escalofrío por todo el cuerpo, seguido de una ola de calor. ¡Madre mía, ese pedazo de ejemplar de hombre, había decidido sentarse a mi lado y me acababa de hablar! Todavía se me encoge el estómago al pensarlo...

De repente, me vino a la cabeza, la frase que mi abuelo tanto me repetía: "Luna, si tu misma no confías en tí nadie lo hará. Vales tanto como cualquiera" Saqué ese valor que había estado acumulando durante años para cuando llegara este momento exacto y en un despliegue de originalidad le dije:

-Hola, soy Luna- alargué mi mano, estreché la suya y pense que como asignatura optativa debía haber elegido la de "Frases originales e ingeniosas para no alejar a los hombres a la primera de cambio"

En ese momento entró el profesor y de golpe volví a la realidad.

-Señoras y señores, buenos días. Más de la mitad de los que estais aquí, no estaréis el año que viene. Unos, porque veréis que ésto no es lo vuestro, otros, porque nosotros veremos que no teneis cualidades para llegar a ser médicos. Muchos de vosotros venís aquí porque eso es lo que se espera de vosotros, porque sois hijos o nietos de médicos, pero eso no es suficiente. En cualquier caso os digo, que todos aquellos que no esteis dispuestos a ser médicos las 24 horas del día ya os podeis levantar y salir por esa puerta.

-Yo lo tengo muy claro, ¿y tú?- me preguntó Pep.

-Yo también, sé que este es mi sitio. No podría estar en ningún lugar mejor.

-Me alegro Luna- me miró fijamente a los ojos y recuerdo que todos mis miedos se esfumaron y salieron por esa puerta que el profesor acababa de señalar.

Después de eso, fuimos compañeros en todas las clases de ese primer día, a la semana éramos inseparables y al mes ya éramos pareja. Nuestra complicidad era total y habíamos encontrado uno en el otro al compañero perfecto para esa aventura que acabábamos de comenzar. Más adelante me reconocería que antes de entrar en esa primera clase estuvo observándonos a todos, que desde que me vió se sintió atraído por mí y ya desde ese momento tuvo la necesidad de protegerme, porque le pareció que me sentía perdida. La residencia la hicimos los dos en Barcelona, aunque en hospitales diferentes, al terminar, yo comencé a trabajar con mi abuelo en la clínica y Pep se fue 2 años con una ONG a trabajar a Etiopía, dos largos años, los más difíciles de mi vida... Decía que cumplía así su sueño, que se lo debía a sí mismo, pero pasados los 2 años volvió y me dijo que ya se sentía satisfecho, que ahora yo también formaba parte de sus sueños y que no quería volver a estar lejos de mí. Y así fue; empezó a trabajar en la clínica él también y no nos volvimos a separar.

Necesito un café. Ya total 5 minutos más o menos no creo que a nadie le importe... Me meto en la cafetería que está justo al lado de la entrada de la clínica y ya casi desde la puerta veo a Néus dedicándome una sonrisa. Es uno más de los miles de casos que hay hoy en día en nuestro país de universitaria sobradamente preparada desempeñando una labor muy por debajo de su cualificación. Y aún así se la ve feliz, y desprende optimismo... Este lugar es nuestro refugio, donde venimos siempre que necesitamos un respiro en la clínica y ya nos conocen a todos a la perfección, nuestros gustos, nuestras manías...

-¡Buenos días Luna!¿Lo de siempre?

-Buenos días Néus. Hoy necesito uno de esos especiales que sólo tú eres capaz de hacer- sabe que en estos casos necesito mi café con leche con doble de espuma y unos toques de canela.

-Qué, a empezado mal tu día ¿no?. Me lo he imaginado al ver sólo a tu abuelo esta mañana. ¿Tu madre?- no se como lo hace pero siempre acierta...

-Sí, ya sabes... Hoy tenía mal día y vengo de estar un rato con ella. Oye por cierto, ¿cómo está tu niña?- tiene una niña de 3 años, que sé que es el secreto de su optimismo.

-Pues otra vez con catarro. No hay manera... Ya estamos casi terminando la primavera y seguimos con el dichos catarro a cuestras.

-Ya sabes que puedes traérnosla cualquier día para que Pep le eche un vistazo y así te quedas más tranquila. Es lo menos que podemos hacer por

lo bien que nos tratas...

-Gracias Luna, lo tendré en cuenta.

Me despido de Néus y ya empiezo a notar el café en mi organismo. Mi mundo ahora es un poco mejor...

Abro la puerta de la clínica y Marta y Rebeca me saludan a dúo:

-¡Buenos días Luna!- son las recepcionistas, la primera impresión de la clínica para todo aquel que cruza la puerta y la verdad es que no podíamos tener a nadie mejor que ellas, siempre con una imagen impecable.

-Buenos días chicas- y les saludo alzando la mano.

La clínica fué reformada hace pocos años y la imagen es moderna pero con un toque de calidez. Las paredes están adornadas con fotos de bebés y en la zona de pediatría los colores son alegres, hay dibujos en las paredes y en la sala de espera hay una zona de juego para que los niños se olviden de que están en una clínica. En el sótano tenemos la zona de gimnasio y la piscina, donde preparamos a las futuras mamás para el parto y las acompañamos en su recuperación posterior. Hay clases de natación tanto para mamás como para bebés. Desde hace 10 años hemos conseguido poner en marcha la unidad de suelo pélvico atendido por fisioterapeutas especializadas y completamos los servicios de la clínica con la unidad de psicología, ya que el camino para ser padres en los casos de infertilidad puede ser tan duro, que es indispensable que nuestras parejas se sientan totalmente acompañadas...

Subo al primer piso, que es donde están los despachos de ginecología y voy directa al de mi abuelo. Lo veo desde lejos; está en el pasillo saludando a unos pacientes. Nunca me cansaré de admirarlo, es tan elegante... A sus 87 años conserva parte de su atractivo. Es alto, tiene el pelo blanco, se mantiene en forma y siempre va impecablemente vestido. Yo siempre le digo que de joven seguro que era un peligro... Él me mira, sonrío y me contesta que sólo ha tenido ojos para mi abuela y sé que lo que dice es totalmente cierto. Es un buen hombre, íntegro y con un gran corazón... Todavía hoy en día son una pareja entrañable, que se miran con mucho amor y respeto. Es un hombre que ha dedicado su vida a los demás y no conseguimos que se jubile del todo y disfrute de la vida. Él se excusa diciendo que sin ir a la clínica se moriría, aunque a estas alturas como es normal, lo único que le dejamos hacer es supervisar algún caso puntual y la mayor parte del tiempo lo dedica a pasear por la clínica y a hablar con la gente. Es lo que se diría nuestro relaciones públicas.

En cuanto me ve, se despide de las personas con las que estaba hablando

y viene hacia mí.

-Luna cariño- me da un abrazo y le correspondo con todas mis fuerzas. Sólo su olor ya me reconforta y en sus brazos siempre me he sentido protegida- ¿Cómo está tu madre?

-Hoy estaba muy nerviosa, pero he conseguido que se tranquilice y se quede dormida, que lo necesitaba tanto...

-Sí, tienes gran influencia sobre ella... Por cierto, ahora acabo de estar hablando con el matrimonio Rovira-Palau, ya están en el séptimo mes de embarazo y están tan contentos... Luna, Pep y tú teneis que seguir intentándolo...

-Abuelo por favor, no empieces.

-Bueno cariño, te recojo para comer y hablamos más tranquilos.

Me voy a mi despacho, me siento en mi silla y sin darme cuenta cojo de mi mesa la foto del día en que nos casamos. Siempre me ha encantado esta foto, es tan natural... Es un momento de intimidad en el que nos retrató el fotografo sin ser conscientes de ello. Estamos riendo abrazados y desprendemos felicidad. Si en ese momento llega a caer un meteorito a nuestro lado, probablemente ni nos habríamos enterado... Nos casamos en Menorca, como habíamos imaginado siempre, sólo con la familia y unos pocos amigos íntimos, con el mar como testigo y con el sol ocultándose en el horizonte, en el jardín de una finca que alquilamos para la ocasión. Fué también en esta isla donde me pidió que me casara con él, en nuestra cala preferida y disfrutando de uno de los maravillosos atardeceres que ofrece este paraíso... Todos los veranos hemos ido allí a perdernos, a desaparecer del mundo, a reencontrarnos uno con el otro, a vivir... De esta foto han pasado ya 6 años y no sé si todavía queda algo de todo eso...

Siempre habíamos dado por hecho que seríamos padres y tendríamos como mínimo dos hijos. Al poco tiempo de casarnos comenzamos a intentarlo. Le acababan de diagnosticar a mi madre la enfermedad y me di cuenta que no había tiempo que perder, que quería tener hijos cuanto antes, para poder compartir todos esos momentos especiales con ella, verla disfrutar de su nieto..., antes de que el Alzheimer hiciera de las suyas en su memoria y no fuera consciente de que había sido abuela.

Empezamos con toda la ilusión del mundo, disfrutando a tope de cada vez que hacíamos el amor. Cualquier momento era bueno para tener un encuentro y amarnos como locos. Pep me conoce a la perfección y sabe muy bien cuáles son mis puntos débiles. Unos besos en el cuello, en la oreja... y me desarmo totalmente, entregándome al momento. De repente, todo nuestro mundo como pareja comenzó a girar sobre el

mismo tema, teníamos tantas ganas de ser padres... Y según se acercaba el día de tener que bajarme la regla, las mismas preguntas acompañadas de la misma cara de emoción: ¿qué tal te encuentras? ¿te notas algo?... Fueron pasando los meses y el ansiado embarazo no se producía. Cada regla era una tragedia, nos daba el bajón un par de días y nos recomponíamos dándonos ánimo mutuamente, ya que había que seguir intentándolo. El sexo se acabó convirtiendo en algo totalmente rutinario, con un único objetivo y con encuentros más esporádicos.

Al cabo de un año, fuimos a hablar con mi abuelo. Necesitábamos alguien que no estuviera tan involucrado emocionalmente como nosotros, para darnos su opinión de experto. Él mismo puso todo en marcha para comenzar a hacernos pruebas y poder descubrir dónde se encontraba la raíz de nuestro problema. Nos temíamos lo peor, pero para nuestra sorpresa, los resultados fueron normales. Digamos que la cantidad de soldaditos de Pep no era como para formar un ejército, pero estaba dentro de lo normal. No había ningún motivo físico para que no se produjera el embarazo, así que había que seguir intentándolo. Fue una inyección de moral, que nos hizo retomar la ilusión inicial. Pero fueron pasando los meses y más de lo mismo... Parece que íbamos a ser uno de esos casos de infertilidad sin motivo aparente, que aunque se dan en un porcentaje muy bajo, existen.

Pep comenzó entonces a sugerirme sutilmente que quizá necesitábamos recurrir a la ciencia para facilitar las cosas. Acepté, aunque no sabía si sería capaz de soportar los intentos fallidos. Siempre he admirado a mis pacientes por eso precisamente, porque vienen con toda la ilusión del mundo y cada vez que no lo consiguen se recomponen, sacan fuerzas de no sé dónde y vuelven a intentarlo una y otra vez, hasta que finalmente lo logran o deciden desistir. Son un ejemplo constante de lucha, entereza, coraje... Y yo pronto descubriría dónde estaba mi límite.

Tras varias inducciones ováricas y tres inseminaciones artificiales fallidas dije basta, ya no lo soportaba... Otra decepción más y habría caído en una depresión de la que muy difícilmente habría podido salir sin ayuda. Pero Pep no lo veía así y fué aquí donde comenzó nuestro declive como pareja. Él consideraba que lo debíamos seguir intentando, que tarde o temprano me quedaría embarazada y que al abandonar, le estaba demostrando ser una egoísta y que no miraba por la paeja. Yo sin embargo pasé a la fase de aceptación, de asumir que nunca seríamos padres y de empezar a pensar que teníamos que aprender a vivir con eso. Debíamos superarlo juntos, apoyarnos, ayudarnos..., pero Pep no supo entenderme, no estuvo a la altura de la situación y me hizo sentir muy sola en un momento en el que lo necesitaba más que nunca. Una situación que a muchas parejas úne más, pero que en nuestro caso sólo sirvió para alejarnos. Probablemente debíamos haber recurrido a yuda experta, haber ido a alguna terapia..., pero claro, cómo iban a necesitar nada de eso dos

médicos...

Entre una cosa y otra, habían pasado ya 4 años...

Yo siempre he pensado que todo en esta vida ocurre por algo, y que debemos intentar sacar siempre el lado positivo (aunque en el caso de la enfermedad de mi madre, todavía no consigo encontrarle el por qué, ni la parte positiva), así que llegué a la conclusión de que Pep y yo no debíamos tener hijos en común, que por algún motivo no éramos una buena combinación genética y que la naturaleza nos lo estaba intentando decir a gritos, pero no habíamos querido escucharla. La parte positiva que saqué de todo esto fué que había salido a la luz, que como pareja teníamos muchas carencias y que no debíamos seguir perdiendo el tiempo juntos, cuando era obvio que no envejeceríamos juntos. Y por ese mismo motivo rechacé la idea de adoptar: ya no me sentía con fuerzas, ni apoyada, para recorrer ese largo y duro camino.

Sé que en algún momento vamos a tener que sentarnos a hablarlo y afrontarlo, porque el deterioro ha continuado, hasta llegar al punto en el que estamos ahora. Los dos nos hemos refugiado en el trabajo y encontramos en los peques a los que tratamos, esa dosis de bebé que necesitamos para no caer en un profundo pozo oscuro... Hace tiempo que el sexo es algo anecdótico y nuestras conversaciones se han reducido a palabras sueltas mientras cenamos delante de la tele, para que algún programa llene nuestros incómodos silencios...

Capítulo 3

Me sirvo una copa de vino, mientras me como la ensalada que he preparado para cenar. Antes no bebía nada, pero hace un tiempo que aprendí a disfrutar de una copita de vino como compañía perfecta para esos momentos en que necesito desconectar. Me encanta Barcelona en esta época del año. Ya está terminando mayo, los días son bastante largos y se empieza a notar el calor. Siempre que puedo disfruto de la ciudad desde la terraza del ático, donde he creado mi refugio. Después de desistir en el tema del embarazo, me centré en redecorar la gran terraza con la que cuenta el piso. Me negué en rotundo a comprarme una mascota, en la que proyectar mi necesidad de darle todo mi amor a un ser pequeñito, así que tenía que buscarme un pasatiempo y lo encontré en este proyecto. Debajo de la pérgola de madera puse la zona de comedor, con una mesa grande con sillas y junto a ella la zona chill out, con sillones de exterior y una mesa baja. De abril, hasta prácticamente noviembre, la vida en nuestro piso se desarrolla entre la cocina y la terraza. Incluí también una zona solarium con un jacuzzi y hamacas, donde caliento mis huesos y me cargo de energía solar en mis siestas de domingo. Fué también diseñando la terraza cuando descubrí mi pasión por la jardinería: planté toda clase de flores y plantas de exterior e incluso añadí un par de palmeras para completar mi oasis particular. Es como mi pequeñín y cada vez que estoy

en ella, miro a mi alrededor y me invade el orgullo de ver lo que he sido capaz de crear...

La comida con mi abuelo no ha ido mal del todo, aunque como era de suponer me ha vuelto a sacar el dichoso temita...

-Luna cariño, no quiero ser un abuelo pesado, pero deberíais volver a planteároslo...

-Pues no seas un abuelo pesado..., por cierto, ¿cómo está la abuela?- la táctica del despiste nunca me falla con él. No me quiero enfadar y por eso prefiero cambiarle de tema.

-Ya sabes cariño, nos hacemos mayores... y la abuela está bastante delicada. Lleva una temporada algo mejor, pero no la quiero preocupar demasiado con según qué temas. Hay que protegerle su corazón- desde que hace dos años le dió un infarto su salud ha decaído bastante.

El dicho popular que dice que detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer, estoy convencida que lo dijo alguien que conocía a mi abuela, Luisa Ripoll, ya que sería un claro ejemplo de ello. Siempre a la sombra, sin hacer ruido, pero encargándose de todo. Mi abuelo recurría a ella a cada momento, hasta para asegurarse de que los calcetines que se había puesto eran la mejor opción para ese pantalón... Que mi abuelo saliera de casa seguro de sí mismo siempre ha sido cosa de ella. Para las tareas del hogar le ayudaba una chica, pero la cocina era su territorio y no dejaba que nadie entrara allí, excepto yo. Siempre estaba pegada a sus faldas y gracias a ella aprendí a cocinar, ya que mi madre puede ser increíble en muchos aspectos, pero la cocina no es uno de ellos desde luego. Valeria y yo entre semana siempre comíamos en casa de los abuelos y a la tarde, al salir del cole, también era ella la que nos daba de merendar. Siempre le ha gustado la repostería y muchas tardes al entrar por la puerta, el olor a bizcocho o a rosquillas te invadía y ya sabías que esa iba a ser una tarde estupenda. Que recuerdos..., merendando los ricos postres de mi abuela, mientras veíamos Barrio Sésamo. Siempre ha sido una persona muy dulce y cariñosa, tan pendiente de Valeria y de mí, preocupándose de cómo nos iba en el cole, de que hiciéramos los deberes, de los primeros chicos... Y ahora tampoco podemos recurrir a ella como antes, ya que debemos intentar que lleve una vida más tranquila.

Voy a empezar a recoger; que no se me haga demasiado tarde para bajar a casa de mis padres. El ruido de la llave en la puerta me sobresalta, imierda!, yo que pensaba que hoy ya no nos encontrábamos... No ha habido suerte.

-Hola Luna, ¿qué tal?- viene hacia mí y me da un beso en la mejilla. Por qué tiene que ser tan atractivo... Todo sería mucho más fácil si ya no sintiera nada por él, pero no puedo evitarlo... Si no fuera porque estamos

en galaxias diferentes...

-Bien, ¿y tú?, ¿has tenido mucho lío?

-Tenía que visitar en la clínica a los gemelos que nacieron hace 5 días, en la semana 32- tenemos un convenio de colaboración con una clínica privada, para que nuestras pacientes den a luz allí y ellos nos derivan a sus pacientes de infertilidad.

-Ah vale. Por cierto, hoy bajo a dormir con mi madre, a ver si conseguimos que descanse algo. Estaba a punto de irme justo cuando has llegado.

-Dale un beso de mi parte. Me voy a duchar.

Y así, sin más, termina otra de nuestras interesantes conversaciones del día a día y que desgraciadamente nos aleja otro metro más...

-Buenas noches papá, ¿cómo ha ido vuestro día?- me lo encuentro en el sofá tomando un café. Me acerco y le doy un beso en la frente.

-Buenas noches cariño. No ha ido mal del todo. Se ha pasado casi toda la mañana durmiendo y a la tarde he conseguido convencerla para bajar a la cafetería de debajo de casa a tomar un chocolate. La acabo de acostar. Hoy me ha dicho que deje de traerle flores, que nunca se va a enamorar de un hombre como yo...- su cara esboza una media sonrisa, probablemente recordando lo que le costó que cambiara de opinión.

-Sigue siendo una mujer de armas tomar, eh papá...- nos reímos al unísono- Menos mal que no le hiciste caso y seguiste insistiendo...

-Pues sí cariño, si no el mundo se habría perdido a mis dos maravillosas hijas...-me dice acariciandome la cara, y puedo observar cómo la tristeza se apodera de su mirada.

-Bueno papá, voy a acostarme yo también, que estoy muy cansada- le doy un beso y me dirijo a la habitación de mis padres. Ahora duerme mi madre sola en ella y mi padre se ha trasladado a la que era la mía, ya que es la más cercana.

Está la luz apagada, pero conozco este espacio tan bien, que llego hasta la cama sin ningún problema. Se oye perfectamente la respiración de mi madre, que es bastante arrítmica. Me quito las zapatillas, pongo el móvil en silencio, lo dejo en la mesilla y me meto en la cama. Tenía pensado dormir en la butaca reclinable que hemos instalado en el cuarto para que pase allí la noche quien se quede a dormir con mamá, pero ahora que estoy aquí, necesito acostarme a su lado, sentirla y pensar que por un momento todo está bien y que nada ha cambiado. Yo le hablaré sobre los

problemas en mi matrimonio y ella me dará uno de sus sabios consejos sellado con un beso en la frente... Te echo tanto de menos mamá... Me tumbo junto a ella y le acaricio el pelo. Cuando era pequeña, todas las noches antes de dormirme, ella se acostaba un rato junto a mí, me contaba un cuento y luego nos quedábamos una frente a la otra, me acariciaba la cara y el pelo, nos contábamos secretos, me llenaba de besos y me decía cuánto me quería y que era lo más bonito que tenía. Era mi momento preferido del día, solas las dos... Hoy es ella quien recibe mis caricias...

-Luna mi vida, ¿eres tú?

-Mamá...- se me corta la voz y las lágrimas comienzan a resbalar por mis mejillas. Está aquí conmigo...

-¿Qué te pasa cariño? No llores- me dice mientras acaricia mi rostro retirando mis lágrimas- ¿Te ha pasado algo en el colegio?, ¿o con Valeria? Cuéntame- al menos me reconoce; no está mal. Por un momento pensé que íbamos a tener una conversación real, en la actualidad y no en algún lugar perdido de su memoria.

-No es nada mamá...

-Es un chico, ¿verdad? Pues hazte la dura. Si te quiere de verdad, sabrá esperar.

-Gracias mamá, te haré caso- un chico, sí, mi marido ni más ni menos...

-¿Sabes qué Koro? Mi papá dice que a tu abuelo lo fusilaron por rojo.

Ya está. La he vuelto a perder. Ahora no sé en qué momento de su pasado se encuentra, ni con quien cree que está hablando. Me quedo callada sin saber qué decirle.

Los primeros rayos de sol colándose entre las rendijas de la persiana me despiertan. Hacía tiempo que no dormía tan agusto. Toda la noche de un tirón y mi madre también. Se ve que nos relajamos mutuamente. Enciendo el móvil para mirar la hora. Todavía son las 7,30. Le doy un beso, cojo mis cosas y salgo de la habitación sin hacer ruido. Me encuentro con mi padre en la cocina, que ya está con un café en la mano.

-Buenos días papá, ¿te has ido a dormir, o llevas aquí desde anoche?- le arranco una sonrisa y me da un beso en la mejilla.

-¿Qué tal habeis dormido? Tienes cara de haber descansado.

-Sí, la verdad es que hemos conseguido dormir unas cuantas horas seguidas y eso se nota- me cojo una taza para servirme café y me siento

a su lado.

-¿No quieres que te prepare nada para desayunar?- y antes de terminar la frase, ya está levantándose de la silla dispuesto a cocinar algo para mí. Le cojo del brazo para detenerlo.

-Papá, siéntate tranquilo, que con el café tengo más que suficiente...

-Luna cariño, ¿en qué piensas?- sin darme cuenta llevaba unos minutos agitando mi café, mirando fijamente los círculos que se dibujaban en la superficie, en silencio y con la mente en otra parte...

-Papá, ¿tu sabes quién puede ser Koro? Ayer mamá se dirigió a mi por ese nombre y no es la primera vez que lo hace.

-Vete a saber hija... Quizá sea alguien de su pasado o puede que simplemente sea un personaje de una película que vió hace años... No lo podemos saber y ella no nos lo puede explicar... Tampoco le des demasiadas vueltas.

-No se..., no estoy tan segura de que sea alguien que no conoce... También me dijo algo sobre el abuelo, pero no era una frase que tuviera mucho sentido en boca de él, sabiendo cómo es y cómo piensa...

-Pues no se Luna..., quizá esa tal Koro sea alguien de su infancia y ahora le viene a la mente. No te puedo ayudar demasiado porque no conozco a sus amigas del colegio, pero lo que sí sé, es que entre nuestras amistades no hay ninguna Koro- puedo percibir la incomodidad de mi padre hablando de este tema. Será mejor que me vaya...

-Bueno papá, me voy a subir a mi casa ya, que me tengo que preparar para ir al trabajo- le doy un beso y se despide de mí serio, con el semblante preocupado... No sé por qué me da que Koro no es una desconocida para mi padre...

-Buenos días doctor Peña, soy Luna Vila, la hija de Martina Vallirac. Le llamaba para hacerle una consulta sobre mi madre, ¿es un buen momento, o le llamo más tarde?- en cuanto he llegado a mi despacho he llamado al neurólogo de mi madre. No lo soporto, pero según toda mi familia es el mejor de la ciudad, así que me toca aguantar su prepotencia cada vez que tengo que hablar con él...

-Buenos días Luna, claro sin problema, para eso estamos. Tú dirás, ¿cómo está tu madre?

-Últimamente está teniendo muchos episodios de nerviosismo y comenta cosas que no sabemos a qué se refiere. Sinceramente, no la veo

demasiado bien...

-Puedes estar tranquila Luna, porque todo lo que me comentas es normal en el estado en que se encuentra tu madre. No hay nada de qué preocuparse. ¿Algo más?

-Hombre, para empezar, que mi madre con 61 años se esté consumiendo con esta mierda de enfermedad, no creo que sea para nada normal, así que no puedo estar tranquila. Igual es el momento de revisarle la medicación y...

-Luna, ¿qué especialidad hiciste? Me parece que neurología no, ¿verdad? Bueno, pues el día que seas neuróloga, quizá te permita que me digas lo que tenemos que hacer con tu madre. Mientras tanto te agradecería que respetaras mis decisiones.

-Mire doctor Peña, puede que usted se considere el mejor neurólogo de toda Barcelona y que esté cansado de ver casos como el de mi madre, pero no se olvide que para mí y para el resto de familiares de sus pacientes, las personas a las que trata no son un número más para engordar su fantástico currículum, son sus madres, sus maridos, sus hermanas..., y nada de lo que les pasa es normal. Así que cuando aprenda a tratar con las personas, y se baje de ese altar en el que se encuentra subido entonces hablamos, y quizá en ese momento se convierta en el mejor neurólogo, porque ahora mismo está usted muy lejos de serlo-cuelgo el teléfono con una rabia enorme, y lo que es peor, igual que antes de llamarle: con las mismas dudas... Creo que será mejor que empiece a buscar otro neurólogo, porque no sé qué me da, que el doctor Peña no va a volver a atendernos.

Voy a ver si encuentro a mi abuelo por la clínica, que ahora mismo es el único que me puede tranquilizar. Con un poco de suerte está en su despacho.

-Abuelo, ¿tienes un momento?

-Claro cariño, siéntate, ¿qué te ha pasado?

-Acabo de tener una conversación muy constructiva con el doctor Peña. Vamos a tener que buscar otro neurólogo, así que con eso te lo digo todo...

-Luna..., pero cuántas veces tengo que decirte que hay batallas que es mejor no librar, que no consigues nada y pierdes más de lo que ganas... A tu padre no le va a hacer ninguna gracia.

-Tu tranquilo, que yo hablaré con él. Por cierto abuelo, hablando de

batallas, ¿tú qué opinas de la guerra civil?

-¿Qué? ¿A qué viene eso?- me pregunta totalmente descolocado.

-No, sin más... Es que, el otro día me hicieron una encuesta telefónica sobre ese tema y pensé que era algo sobre lo que nunca habíamos hablado- no me gusta nada mentir a mi abuelo, pero ahora mismo prefiero no decirle la verdad.

-Luna cariño, una guerra es algo que nunca debería pasar y menos esa, que se mataron entre hermanos. Todavía a día de hoy hay gente esperando respuestas para poder saber qué pasó con sus familiares. Y así es difícil que se curen las heridas de un país.

Con eso me lo dice todo. Ya sabía yo que esa frase no era propia de mi abuelo, pero entonces, ¿a quién se refería mi madre?

Capítulo 4

De repente una cabeza asoma por la puerta de mi despacho.

-¡Buenos días guapísima! ¿Se puede?- y antes si quiera de abrir la boca para responderle, ya está acercándose a mi mesa.

-Pasa Marc, como si estuvieras en tu casa...- la ironía me delata. No lo soporto. Marc es fisioterapeuta y licenciado en educación física. Se encarga de preparar a las embarazadas para el parto a nivel físico y en el postparto trabaja tanto con las madres como con los bebés. Tan pronto le ves dando una clase de aquagym para embarazadas, como llevando un grupo de gimnasia hipopresiva o enseñando masaje para bebés... Es un todoterreno. Pero es el típico guapo obvio, de los que todo el mundo piensa que es guapo y él mismo lo tiene muy asumido. Y si a su sobrada autoestima le añades un cuerpo musculado de gimnasio, sale un coctel explosivo llamado Marc.

-Luna, cariño mío, cada día que pasa estás más guapa. ¿Qué tal te va la vida?- como si le importara lo más mínimo...- ¿Cuándo vas a aceptar mi invitación para cenar conmigo? Ya sabes que soy un hombre muy paciente y sabré esperar...

Puede tener a la mujer que quiera y por alguna extraña razón, lleva tiempo encaprichado conmigo. Es como un niño que quiere lo que no puede tener...

-Marc por favor, no empieces con lo mismo de siempre. Ya sabes que no

puede ser.

-¿Seguro que no puede ser?...- su sonrisa maliciosa me provoca un escalofrío por todo el cuerpo y sin poder evitarlo viene a mi mente la imagen de un ave carroñera esperando impaciente a que el león termine con su presa, para avalanzarse sobre los restos.

-Será mejor que te vayas, que tengo mucho trabajo- me levanto y me coloco junto a la puerta invitándole a salir.

-Luna, cielo, no te enfades conmigo, que yo solo quiero que seas feliz y yo podría hacerte tan feliz... Piénsatelo- me guiña un ojo y se va con un sonrisa dibujada en su cara, como si se sintiera más cerca de lograr su objetivo.

Me quedo pensativa, dándole vueltas a la conversación con Marc; ¿tan obvio es que Pep y yo ya no estamos bien? Vale, ya se que antes nuestra complicidad era total, de esas que dan rabia incluso, y a pesar de que en la clínica hemos intentado mantener las formas, para evitar comentarios, está visto que el deterioro de mi matrimonio es algo evidente a los ojos de los que nos rodean...

Y ahora empieza a sonarme el wasap, ¿pero qué pasa hoy?, ¿no me van a dejar en paz, o qué?. Pues tengo acumulados un montón de informes, así que mucho me temo que hoy mi comida se va a ver reducida a un triste sandwich de máquina en mi despacho. Echo un vistazo rápido a mi móvil para ver quién es; mi hermana, que quiere saber si me apetece cenar mañana con ella en su casa. Pues me va a venir muy bien un plan tranquilo de viernes noche, la verdad; luego le contesto. Sólo espero que estemos las dos solas, porque sabe perfectamente que yo iré sin Pep, así que supongo que le dará la noche libre a su "noviete" del mes de mayo y a su compañera de piso.

Valeria está viviendo en la zona del Borne, donde también trabaja en una tienda de ropa y decoración de artículos de segunda mano. Todo muy vintage, como a ella le gusta... Cuando terminó la carrera de pedagogía se fué unos años a vivir a Londres, porque decía que necesitaba alejarse del influjo protector de la familia y conocer mundo. Terminó los estudios por obligación y nunca ha querido ejercer. Fué en esa ciudad donde descubrió la cultura del reciclaje, segunda mano... y con todo lo que aprendió volvió a Barcelona y montó junto con otra amiga, una tienda en la que venden ropa y objetos de decoración de segunda mano, restauran muebles y cuentan también con un espacio para jóvenes creadores y artesanos. Dice que es feliz con la vida que tiene y que le encanta su trabajo y yo me alegro tanto por ella... Se define a sí misma como la incomprendida de la familia, pero es que tiene una forma de ser que tampoco permite a los que le rodean acceder a ella tan fácilmente. Somos como la noche y el día en todo: físicamente yo soy alta, morena y con el pelo rizado y ella sin

embargo es mas baja, rubia y de pelo liso y respecto al carácter yo soy muy familiar, mientras que Valeria siempre ha ido más a su aire. Es mucho más independiente... Con los años hemos aprendido a valorarnos y a querernos tal y como somos, con nuestros defectos y nuestras virtudes, intentando dejar atrás la rivalidad que existía de niñas y que nos provocaba riñas constantes. Ahora intentamos vernos todas las semanas, aunque no siempre conseguimos cumplirlo...

En cuanto a hombres, siempre me dice que no entiende cómo puedo llevar tantos años con el mismo y le parece normal que estemos pasando esta crisis. Siempre me da el mismo consejo:

-Luna, tienes que salir más, conocer otros hombres, porque te quedaste con el primero que apareció y eso no es bueno. Tienes que probar con otros...

Y teniendo en cuenta la larga lista de conquistas que atesora, es un consejo de toda una experta en el arte del ligoteo. Dice que no hay hombre en la tierra capaz de aguantarla, pero yo he llegado a la conclusión de que es ella misma la que al ver que la cosa se pone seria, le entran todos los males y lo manda de vuelta por donde ha venido. Imagino que será la consecuencia de no haber encontrado a la persona que la llene totalmente y le quite de la cabeza todas esas teorías tontas sobre el amor que ella tiene, y que le hacen creer que no está diseñada para tener una pareja seria. O quien sabe, quizá así sea feliz...